





# NIL DRAGÓ

Y EL SAUCE DE ORO

MARC ROIG ANTICH

Ilustraciones © Marta Cardoso, 2022

Copyright © Marc Roig Antich, 2022

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: XXXXXXXXXXXXXXX

mayo de 2022

*Natalia, Nerea, Carlos, Luis, Laura.  
Este es para vosotros.*





## PRÓLOGO

# EL PÉNDULO

**N**il Dragó llevaba más de tres semanas incapaz de abrir los ojos. No podría decirse que estuviera durmiendo, exactamente. Era, más bien, como si su mente hubiera abandonado su cuerpo. Por más que Frida, Gundisalvus o Marcel tratasen de despertarle, el muchacho parecía insistente en mantener los párpados firmemente sellados, la respiración lenta y profunda y una temperatura corporal inusualmente elevada.

Frida, sentada al borde de la cama en la que reposaba Nil, alzó la mano sobre la cabeza del joven. Entre sus dedos resbaló un delgado hilo dorado, en el otro extremo del cual colgaba un péndulo negro que apuntaba directamente sobre la frente de Nil, a dos centímetros de su piel. Frida cerró los ojos y, procurando mantener la mano de la que colgaba el péndulo tan inmóvil como le fuera posible, expulsó todo pensamiento de su mente.

Por voluntad propia, el péndulo comenzó a moverse. Era, al principio, un movimiento sutil que casi podría achacarse a una mera brisa que hubiera decidido colarse por la rendija de alguna de las ventanas de la estancia. Sin embargo, con el transcurso de los segundos, el movimiento del péndulo se volvió más pronunciado, más deliberado. Oscilaba con determinación de un lado a otro, de izquierda a derecha. Izquierda... Derecha... Antes de cambiar de dirección, parecía detenerse en el aire por una fracción de segundo y era en aquellos momentos en los que la mente de Frida lograba captar imágenes fugaces.

Izquierda. El cielo azul, desprovisto de nubes.

Derecha. Aguas inmóviles, hasta donde alcanzaba la vista.

Izquierda. Un rostro difuminado, los rasgos indescifrables. Derecha. Más agua. Izquierda. Nil, sentado, o tal vez agachado. Las imágenes que inundaban el ojo interior de Frida eran tan borrosas, tan fugaces, tan aparentemente inconexas, que la recién destituida Bruja Mayor de Ventusvallis perdió la frágil concentración de inmediato. El péndulo trazó un amplio círculo sobre el rostro de Nil y, como si una mano invisible lo hubiera sujetado, se detuvo de improviso.

Gundisalvus, que había estado observando a Frida con absoluta atención durante aquellos últimos minutos, se puso en pie y, con pasos sigilosos, cerró la puerta que, por alguna razón, estaba de pronto entreabierta a pesar de que él mismo se había asegurado de cerrarla al entrar.

Al otro lado, Ona Dragó perdió el contacto visual que había logrado establecer con su hermano y con Frida. En lugar de intentar volver a abrir la puerta —estaba segura de que, si volvía a tentar su suerte, poco tardarían en descubrirla—, pegó la oreja junto a la fría cerradura. Los sonidos de lo que se desenvolvía al otro lado de la estancia le llegaban algo distorsionados, pero no tanto como para resultar indescifrables:

—¿Has podido verle? —preguntó el tío Marcel.

—Solo durante un instante —dijo Frida. A juzgar por el timbre de su voz, parecía decepcionada, tal vez consigo misma por no haber logrado resultados más esperanzadores.

—¿Has podido ver dónde está? —quiso saber Gundisalvus. Frida no respondió de inmediato y Ona se la imaginó tal vez encogiéndose de hombros o buscando en su mente las palabras que diría a continuación:

—No lo sé, Gunder. Las imágenes que me han llegado son muy extrañas, están desenfocadas y aparecen y desaparecen demasiado rápido. No logro darles sentido.

—Describe lo que has podido ver, al menos —insistió Gundisalvus. Ona oyó a Frida suspirar profundamente. El sonido de muelles, que indicaba que la mujer había abandonado la cama sobre la que descansaba Nil, hizo que las siguientes palabras fueran más difíciles de descifrar. Ona acercó más la oreja a la puerta.

—Está con los Sabios. Parece que están todos sentados en una especie de... banco de madera o algo por el estilo —repuso Frida mientras daba pasos de acá para allá, el sonido de sus tacones reverberando en la cerradura a través de la cual Ona espiaba.

—¿Un banco de madera? —inquirió Gundisalvus.

—¿Has podido distinguir algo más? —preguntó el tío Marcel, sus palabras mezclándose con las de Gunder.

—El cielo. Y agua.

—¿Agua? ¿Agua de lluvia?

—No. No, era como un mar. O un lago, tal vez. No lo sé. Era agua hasta donde alcanzaba la vista. —Algo en la mente de Ona comenzó a dar vueltas. Con el corazón latiéndole en los oídos, se pegó más a la puerta:

—¿Podrían estar en una barca de madera, en lugar de en un banco, Frida? —quiso saber el tío Marcel.

—Bueno... Podría ser, claro —concedió Frida—. Si estuvieran en una barca, eso explicaría todo el agua que los rodea, ¿no?

—Sí... —dijo el tío Marcel lentamente—. Sí, eso lo explicaría...

Ona se acercó todavía más a la puerta, puesto que el tío Marcel había comenzado a hablar en voz tan baja que no podía entender lo que decía. Aquello, sin embargo, fue un error. La puerta crujió sonoramente y los tres adultos al otro lado guardaron silencio de inmediato.

Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió y Ona cruzó miradas con Gundisalvus. El mago chasqueó la lengua, negó lentamente con la cabeza. Ona, lanzando toda prudencia por los aires, trató de echar un vistazo al otro lado de la puerta, pero Gundisalvus la bloqueó de inmediato.

—Ona, ¿qué estás haciendo aquí?

—Nada —dijo ella.

—¿Nada?

—Nada —repitió.

—Bueno, pues, ¿podrías irte a hacer «nada» a otro sitio?

—Es que quiero ver a mi hermano —protestó Ona.

—Ona —repuso el tío Marcel, que había puesto una mano en el hombro de Gundisalvus, indicándole que se encargaría él de su sobri-

na—, ahora no es momento de visitas. Ya sabes que dejamos que Hugo y tú vengáis a verle cada día antes de la cena. Pero, ahora, tienes que dejarnos trabajar. Estamos intentando ayudar a Nil a despertar, ¿sabes?

—Pero... Si Frida dice que...

—No te preocupes —la interrumpió el tío Marcel, enjugando las lágrimas que comenzaban a nacer en los grandes y azulados ojos de Ona—. Venga, vete a jugar con Hugo.

Comprendiendo que protestar no la llevaría a ningún lado, Ona enfiló pasillo abajo hasta perderse de vista. Marcel cerró la puerta y volvió a centrar su atención en Frida. Se sentó al lado de Gundisalvus, que fue el primero en romper el silencio:

—Pero, vamos a ver. ¿Qué están haciendo en una barca? ¿Cómo han llegado hasta ahí? ¿Adónde van?

—No lo sé, Gunder —musitó Frida, mordiéndose el labio—. Intento ver más, pero no puedo, lo siento.

—No tienes que disculparte —dijo Gunder de inmediato—. Es solo que... No me da muy buena espina, ¿sabes?

Marcel se puso en pie y caminó hasta la cama de su sobrino. Se sentó en una de las sillas que había frente a ella, la que Ona solía ocupar cuando ella y Hugo entraban a verle cada tarde. El hombre recorrió con la mirada las facciones carentes de toda expresión de su sobrino. Observó cómo su pecho ascendía y descendía lentamente.

Y no pudo evitar sonreír.

—¿Qué te pasa? —dijo Gundisalvus—. ¿A qué viene esa cara de alegría? ¿Me he perdido algo?

—Sí, Gunder, te has perdido algo —respondió Marcel, conteniendo una pequeña risa de júbilo.

—¿El qué? —preguntó Frida, que parecía tan perdida como Gundisalvus.

—Frida, si lo que has visto es a Nil y a los otros Sabios en una barca, entonces no tenemos nada de qué preocuparnos.

—¿Cómo dices?

—Sé dónde está Nil. Y, lo mejor es que él también sabe dónde está, y cómo volver. Nil no tardará en despertar, porque sabe qué es exactamente lo que tiene que hacer.







## CAPÍTULO 1

# LA CASA FRANCA

**E**l mero hecho de que la tarde anterior la hubieran pillado in-fraganti no significaba que Ona tuviera la más mínima intención de desistir. Llevaba haciéndolo a diario desde que se habían instalado allí, más de tres semanas atrás y, hasta la fecha, solo la habían descubierto en aquella única ocasión. No tenía por qué volver a ocurrir. Solo debía ser más cauta.

Como de costumbre, esperó a que Hugo se enfrascase en uno de aquellos libros que tanto le gustaba leer. Le observó atentamente, esperando a que sus cinco sentidos se entretujesen en las páginas del pesado volumen que a duras penas lograba sostener entre las manos. Solo entonces, cuando supo que Hugo no repararía en su ausencia, Ona se permitió abandonar la estancia que los adultos habían reservado para ellos en la Casa Franca.

Milímetro a milímetro, cerró en absoluto silencio la puerta de la pequeña sala. La azulada penumbra del pasillo la recibió, envolviendo su cuerpo, como si estuviera tan ansiosa como la propia Ona por aventurarse en una nueva escapada secreta. De puntillas, Ona echó a caminar lentamente, moviéndose rodeada por un silencio tan denso que ni siquiera la colonia de ratones que habitaba entre las paredes de la Casa Franca podrían oírla. Sus más de mil sombras titilaban al son de las llamas azules de las velas blancas que, reposando en pequeños nichos, arrojaban su luz por todo el corredor.

A cada tanto, el pasillo se bifurcaba, múltiples ramificaciones perdiéndose en las profundidades de aquel castillo medio en ruinas en el que se habían visto obligados a esconderse tras rescatar a Nil y a los

Trazadores, pero Ona no se apartó del pasillo principal. No le interesaba nada de lo que pudiera encontrar en aquellos pasillos secundarios, puesto que era al final de aquel amplio y largo corredor donde se encontraba su objetivo: la gran estancia que hacía las veces de enfermería y salón de estudio de los adultos. Allí reposaba Nil junto a los otros seis Trazadores rescatados —el séptimo, el Trazador dragón, no había sobrevivido a la sustitución de Trazadores que Wilfred había llevado a cabo en el Magno Magisterio—, y, allí, los Hechiceros se reunían para tratar de averiguar cómo despartarlos.

Durante las tres largas semanas que habían estado viviendo ocultos en la Casa Franca, Ona había tenido la oportunidad de escuchar a escondidas una buena cantidad de las numerosas conversaciones que allí mantenían Frida, Gundisalvus, el tío Marcel y, en las ocasiones en las que no estaba fuera en alguna extraña misión, Berthold, el Mago Mayor de la Sociedad de Hechiceros.

La puerta, como era ya costumbre, se encontraba cerrada. Sin embargo, Ona no necesitaba asomarse al otro lado para saber que estaban allí reunidos. Siempre lo estaban, siempre a esa misma hora, sin excepción. Así pues, se acercó lentamente hasta la puerta y colocó la oreja junto la cerradura. Desde esa posición le llegaban, si bien algo difusos, los sonidos que provenían del otro lado.

Ona tenía la impresión de que, aquel día, la conversación era más tensa de lo habitual. Podía oír las agitadas voces, los agudos pasos de Frida resonando de un lado a otro, acercándose a la puerta solo para volver a alejarse. El tío Marcel y Gundisalvus cuchicheaban algo por lo bajo, pero, por más que Ona aguzase el oído, no lograba discernir una sola palabra.

Así permaneció durante largos minutos, hasta que la confusión y la tensión al otro lado de la puerta parecieron apagarse un tanto. Entonces, las palabras comenzaron a llegar más claras a través de la cerradura:

—Pero, ¿cómo ha ocurrido? ¿Qué están haciendo? —decía Frida.

—No creo que lo que estén haciendo tenga nada que ver —respondió el tío Marcel. Frida guardó silencio—. Pensadlo; estuvieron unidos a la Línea durante quién sabe cuánto tiempo. Algunos, incluso, desde el principio. La Línea se encargaba de mantenerlos con

vida el máximo tiempo posible para poder beneficiarse de sus poderes, pero, ahora que no están unidos a ella...

—Están recibiendo de golpe el azote de todos los años que han pasado —terminó Gundisalvus.

—Sí. Creo que era de esperar que comenzasen a morir más pronto que tarde. El Trazador dragón no tardó más que unos minutos en perder la vida cuando le desconectaron de la Línea para que Nil le sustituyera.

—Pero el Trazador dragón era uno de los Sabios originales —dijo Frida.

—Como Saturna, Quirino y uno de los dos que acaban de morir —repuso Gundisalvus.

—Entonces, ¿no hay modo de que despierten? —preguntó Frida.

—Los Sabios, lo dudo —admitió el tío Marcel—. Incluso el más joven debe de contar con más de doscientos años. Nadie, en circunstancias normales, podría esperar vivir durante tanto tiempo, ni siquiera una bruja o un mago.

—Pero Nil estará bien, ¿verdad? —preguntó Gundisalvus. Al oír el nombre de su hermano mellizo, Ona aguantó la respiración. No podía permitirse no captar la respuesta a aquella pregunta.

—Sí. Sí, Nil estará bien. Ya os he dicho que no creo que tarde mucho en despertar. Sabe lo que tiene que hacer —respondió el tío Marcel.

—Mencionaste algo ayer, pero no tuviste ocasión de explicarte —dijo Frida.

—Bueno, es muy sencillo —respondió el tío Marcel. Ona casi podía verle sonreír en su mente—. Nil sabe dónde está... porque yo se lo conté.

—¿Tú se lo contaste? —dijo Gundisalvus, una clara nota de incompreensión tiñendo sus palabras.

La conversación tomó de pronto un segundo plano en la mente de Ona, puesto que otro sonido, mucho más claro y cercano, había comenzado a acechar a su espalda. Despegó la oreja de la cerradura y miró a su alrededor. No veía nada, pero el sonido no había cesado. Era como si alguien estuviera caminando lentamente. Alguien que tratase, sin el menor éxito, de no hacerse oír. Eran pasos lentos y vaci-

lantes, pero terriblemente estruendosos. Fuera quien fuese, estaba claro que no era un experto espía, ni por asomo.

Poco a poco, entre la titilante luz azul, se comenzó a recortar una forma a lo lejos, en el otro extremo del pasillo. Ona entrecerró los ojos, tratando de distinguir algún rasgo en aquella silueta que le confirmase sus sospechas. La extraña figura tenía, más o menos, la misma estatura que Ona y una complexión delgada. Ona casi ni necesitó esperar para distinguir el cabello oscuro ni los grisáceos ojos para determinar la identidad de aquella silueta.

A lo lejos, Hugo seguía caminando en su penoso intento por ser sigiloso hasta detenerse frente a Ona y la puerta a través de la cual había estado espionando a los adultos. El muchacho, cejas arqueadas, miró intensamente a Ona, que aguardó en silencio, labios fruncidos. Sin embargo, a la vista de que el silencio parecía amenazar con prolongarse hasta el infinito si no hacía algo por evitarlo, Ona, finalmente, separó los labios y pronunció tres secas palabras:

—¿Qué te pasa?

—Pensaba que no podíamos salir de nuestra habitación —dijo Hugo en una voz demasiado alta. Ona se llevó el índice a la boca.

—Y se supone que no podemos —respondió susurrando.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Tenías que ir al baño y te has perdido o...?

—Ay, Hugo, por favor —interrumpió Ona, ojos en blanco—. Estoy escuchando lo que dicen.

—¿Escuchando lo que dicen? Lo que dice, ¿quién, exactamente?

—¡Pues los mayores! —susurró Ona bruscamente, haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta. Ona sabía que estaban siendo demasiado ruidosos. Tenía que conseguir hacer que Hugo volviese a la habitación y que la dejase espionar tranquila, o no tardarían en pillarlos.

—¿Qué hacen ahí dentro? ¿No se supone que Nil y los Trazadores están ahí... durmiendo?

—Sí, están ahí, pero Frida y los demás se reúnen aquí cada día —dijo, tajante Ona—. ¿Por qué no te vas a la habitación?

—¿Cómo sabes que se reúnen aquí todos los días? —inquirió Hugo, entrecerrando los ojos—. ¿Has estado espíandolos cada día?

—No. Cada día no, pero casi. Mira, Hugo, si no te callas y te marchas ahora mismo, me van a pillar, así que...

—No deberías espiar, ¿sabes? —Ona puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué no, a ver?

—Pues porque es de muy mala educación.

—Ya... Pues, si es de tan mala educación, no espíes tú, si no quieres, pero déjame a mí hacer lo que me dé la gana. —Ona hizo un gesto con la mano, señalando al otro extremo del pasillo, pidiéndole a Hugo que se marchase. Sin embargo, el niño no retrocedió ni un solo paso.

—Ona, vamos a la habitación.

—¡Vete tú!

—Si nos pillan fuera de la habitación...

—Si nos pillan fuera de la habitación, nos dirán que volvamos y ya está.

—Bueno, pero aun así...

—¡Shhh! Cállate, Hugo, y déjame escuchar lo que dicen —espetó Ona al fin, ignorando las protestas del chico y volviendo a colocar la oreja junto a la cerradura.

Las voces al otro lado parecían haberse apagado un tanto. Hablaban en voz más baja, guardaban silencio a mitad de palabra, vacilantes, como si algo los estuviera distrayendo de su conversación privada. Hugo, que seguía protestando, hacía caso omiso a las asesinas miradas, afiladas como cuchillos, que Ona no paraba de lanzarle mientras seguía en su empeño por escuchar lo que fuera que los adultos tuvieran que discutir:

—Entonces, ¿no necesita ayuda? —dijo Frida.

—No lo creo —contestó el tío Marcel—. Creo que, con vislumbrar en su mente con el péndulo de vez en cuando, será suficiente para comprobar que va por buen camino.

—Muy bien... —respondió Frida en voz baja. Ona estaba segura de que había oído la enésima protesta de Hugo y el enésimo «shhh» de Ona tratando de hacerle callar—. Bien, pues es un alivio saber que... ¿Oís eso?

Hugo había tratado de tirar del brazo de Ona para llevársela de allí, pero Ona se había zafado con tanta fuerza que su mano había gol-

peado la puerta accidentalmente. La niña lanzó una mordaz mirada a Hugo, que se encogió y esquivó los ojos de Ona.

—¿El qué? —preguntó Gundisalvus.

—Escuchad —dijo Frida—. Es como si... Como si algo se moviera al otro lado de la puerta.

—Tal vez sean los ratones —dijo el tío Marcel.

Pasos se acercaron a la puerta. Ona, en tensión, apartó la oreja de la cerradura y trató de huir, pero la puerta se abrió de par en par cuando ella y Hugo apenas habían dado tres pasos. Los dos niños quedaron como petrificados en el pasillo, la potente voz de Frida reverberando por las paredes. No parecía enfadada. El timbre de su voz sonaba, al mismo tiempo, divertido y molesto:

—Sí, Marcel, tienes razón. Son dos ratones. Dos ratones bien grandes. Entrad, anda.

Ona giró sobre los talones y se encontró con la mirada de Frida, que parecía estar conteniendo una amplia sonrisa. Ona trató de aparentar inocencia y echó a caminar hacia ella, Hugo siguiéndola de cerca.

Al cruzar el umbral, los ojos de Gunder y del tío Marcel se clavaron sobre ellos. Ona, de inmediato, lanzó su atención sobre Nil, que, tumbado en la cama más cercana al ventanal más alto, parecía dormir plácidamente, ajeno a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

—¡Pero bueno, Ona! —exclamó el tío Marcel, ceño fruncido—. ¿Otra vez espiando? ¿Y tú también? No me esperaba esto de ti, Hugo...

—Pero si yo no... —comenzó a decir Hugo, mirada clavada en el suelo, pero Ona pisó sus palabras:

—Solo queríamos ver a Nil. —El tío Marcel chasqueó la lengua y suspiró profundamente.

—Ya saliste con la misma excusa ayer, ¿sabes? Tendrás que buscarte una nueva, Ona. Pero, bueno, de todas formas, ya casi habíamos terminado nuestra reunión, así que supongo que podemos adelantar la visita. —Esbozando una sonrisa al ver el aterrorizado rostro de Hugo, el tío Marcel hizo un gesto con la mano para que él y Ona se acercasen.

Los niños ocuparon las sillas dispuestas frente a la cama de Nil. Ona observó a su hermano. Realmente daba la impresión de que lo

único que estaba ocurriendo era que Nil se estaba echando una placentera siesta. Claro que ninguna siesta dura veintitrés días. Cuando Ona tocó la mano de su hermano, sintió en sus dedos un terrible calor que la obligó a apartarse.

—¡Está ardiendo! —exclamó, mirando, preocupada, al tío Marcel. Él, sin embargo, sonreía ligeramente.

—Es normal, Ona, no te preocupes.

—Pero... quema —insistió, mirándose las enrojecidas yemas de los dedos con los que apenas había rozado la piel de su hermano.

—Sí. Aunque no lo parezca, su cuerpo está más activo que nunca —explicó Gundisalvus—. Por eso su temperatura corporal es tan alta.

—Vaya... —musitó Ona.

Pasaron varios minutos sentados, simplemente observando a Nil. Ona casi ni reparó en que dos de los Trazadores estaban cubiertos cada uno con una fina sábana blanca de pies a cabeza. Cuando se percató de aquello, el tío Marcel corrió los biombos que separaban una cama de la otra, ocultando aquella imagen de los niños. Ona miró a su tío y, con voz queda, preguntó:

—Tío Marcel, ¿por qué están cubiertos con una sábana?

—Bueno... Verás, Ona, ya sabes que los Trazadores son personas muy mayores...

—¿Se han muerto? —preguntó Ona. El tío Marcel asintió lentamente con la cabeza.

—Sí —repuso simplemente.

Ona lanzó una fugaz mirada a los biombos y, acto seguido, a Nil.

—A Nil le convirtieron en Trazador —dijo.

—Pero Nil tiene diez años y los Trazadores, más de doscientos —dijo Frida—. A Nil no le va a pasar nada, Ona. No te preocupes por eso.

La niña guardó silencio y volvió a centrar su atención en su hermano. Minutos después, cuando el sol estaba acariciando ya las cimas de las lejanas montañas, Frida colocó una mano en el hombro de Hugo, la otra en el hombro de Ona y, con voz suave, dijo:

—Ya casi es hora de cenar. ¿Por qué no vais a ver al Dreki mientras tanto? De paso, podríais darle de comer; yo he intentado acercar-

me antes y... bueno, digamos que no se ha alegrado demasiado de verme.

Ona sonrió. En los últimos días, el temperamento del Dreki había cambiado drásticamente. Las primeras dos semanas en la Casa Franca, el dragón había sido una criatura dócil y cariñosa. Desde hacía una semana, en cambio, parecía incapaz de tolerar la presencia de cualquier adulto. Si veía al tío Marcel, a Frida, a Gundisalvus, o incluso Berthold, agitaba las alas furiosamente, chasqueaba los afilados y diminutos dientes y emitía iracundos chirridos al tiempo que sacudía la larga cola de un lado a otro. Con Ona y Hugo, por otra parte, seguía siendo el mismo ser tranquilo y juguetón de siempre.

Frida entregó a los niños sendas cestas cargadas con comida para el Dreki. El animal llevaba sin comer desde aquella mañana a primera hora, de modo que Ona estaba segura de que se lo encontrarían famélico. La mujer les abrió la puerta que daba al pasillo. Al abandonar la sala, la puerta se cerró tras ellos.

—Vamos —dijo Ona, y ella y Hugo echaron a caminar. Hacia la mitad del pasillo, al doblar una esquina, se encontraron con un rechoncho gato de pelaje oscuro y relucientes ojos esmeralda—. ¡Nabiu! ¿Qué haces aquí? —repuso Ona. El gato maulló sonoramente antes de echar a correr sigilosamente y perderse de vista. Nabiu nunca se había llevado particularmente bien con Ona, de modo que aquel comportamiento no le pareció extraño en lo más mínimo.

En silencio, Hugo y Ona avanzaron hasta detenerse frente a una pequeña puerta algo desvencijada. Ona colocó la cesta de comida en el suelo, abrió la puerta y, mientras Hugo la cruzaba, ella recogió la cesta y se adentró también en la sala que se abría al otro lado. Era una estancia muy amplia, de techo abovedado y con una alta y resplandeciente vidriera en una de las paredes, a través de la cual entraban, lánguidos, los ya moribundos rayos del sol poniente.

Acurrucado en una esquina, sobre un lecho de paja, reposaba una criatura del tamaño de un pastor alemán joven. Su cuerpo estaba cubierto de diminutas escamas de un negro reluciente y, cuando la luz incidía sobre ellas, se arrancaban destellos rosáceos. Tenía dos enormes alas, plegadas pulcramente sobre el lomo. Las escamas que cubrían las alas eran más alargadas y finas que las del resto del

cuerpo y, a simple vista, podrían pasar por plumas. Su cabeza, coronada en una larga cresta compuesta por finos cuernos y alargadas escamas, acababa en un morro fino y curvo, como el pico de un ave. Tenía los ojos cerrados. La larga cola envolvía el resto del cuerpo.

En cuanto la puerta se cerró, los ojos del animal se abrieron, revelando un iris dorado con una pupila vertical, como la de un gato. Al ver a Ona y Hugo —y, sobre todo, al oler la comida oculta en el interior de las cestas—, el dragón se puso en pie y abrió las fauces, revelando unos minúsculos dientes como alfileres. El Dreki emitió un agudo chillido que, con el paso de los días, Ona había aprendido a identificar como una señal de júbilo, y dio varios pasos al frente, desplegando las alas, que acabaron por ocupar más de la mitad del espacio vacío de la estancia.

—Hola —dijo Ona, abriendo su cesta y revelando cuatro grandes muslos de pollo. El dragón, de inmediato, se abalanzó sobre la cesta y devoró la carne casi sin masticar. Cuando vació los contenidos de la cesta de Ona (no había dejado ni los huesos), se dirigió a la cesta de Hugo, dejándola igualmente limpia en cuestión de segundos.

Al terminar su copiosa cena, la criatura se relamió lentamente y, solo entonces, acercó el morro al rostro de Ona. Sus duras escamas acariciaron suavemente la mejilla de la niña, que dejó escapar una risita. Mientras husmeaba el rostro de Ona, balanceaba la cola lentamente, barriendo los pies de Hugo.

—¿Quieres jugar? —preguntó Ona. El dragón batió las alas, levantando una nube de polvo que hizo toser a los niños. Ona le dio la espalda a la criatura unos instantes, centrando su atención en un pequeño armario. Lo abrió y echó mano a una bolsa llena de pelotas de tenis. Ona agarró una y la lanzó al aire.

El dragón siguió el movimiento de Ona con la mirada y, llenando los pulmones de aire, escupió una delgada llamarada de color blanco azulado que carbonizó en el acto la pelota cuando todavía se encontraba en el aire. No quedaron ni las cenizas.

—¡Muy bien! —exclamó Ona, mientras Hugo ya lanzaba una segunda pelota. Esta vez, en lugar de lanzar una llamarada, el Dreki la atrapó entre las fauces y la hizo añicos con sus afilados dientes.

Los niños siguieron lanzándole pelotas y el Dreki no dejó ni una de ellas intacta. Ya fuera con fuego, dientes o garras, ninguna pelota pudo escapar de los ataques del Dreki. Cuando el dragón hubo aplastado la última pelota con un poderoso coletazo, Ona dejó la bolsa vacía a un lado y se acercó al animal. Le acarició lentamente la cabeza, el Dreki entrecerrando los ojos y ronroneando suavemente, envolviendo a Ona con un ala.

El sol ya hacía rato que se había perdido bajo el horizonte cuando la puerta de la sala se abrió. De pronto, el Dreki, que hasta el momento había estado dejándose acariciar por Hugo y Ona, se alzó sobre las patas traseras y batió las alas con fuerza.

—Chicos —dijo Gundisalvus, que apenas se atrevió a asomar la cabeza por la puerta, temiendo hacer enfadar al dragón con su presencia—, es hora de cenar.

—Vale —repuso Ona, alzando una mano con la que se despidió del Dreki. El dragón, sin dejar de amenazar a Gundisalvus con sus enormes alas, dio un poderoso lametón a la mano de Ona, que rio, sintiendo cálidas cosquillas—. Buenas noches, dragoncito. —El Dreki lamió la mejilla de Hugo y los niños abandonaron la estancia, Gundisalvus cerrando presurosamente la puerta antes de que el dragón tuviera ocasión de acercarse a él.

